

les, estavan tan oprimidos, y mal queridos como ella. Era Doña Blanca excelentissima musica, y cantava divinamente, no teniendo necesidad de buscar los tonos que avia de cantar, porque el Cielo le avia dado la gracia de fabricarlos hazer, y mas en esta ocasion, que como tenia caudal de zelos, los hazia con mas sentimiéto; pues con ellos alentava su natural. Y asfi, vn dia que la señora Marieta le pidió cantasse alguna cosa de las que hazia a su zelosa passion, cantò este Romance que avia hecho, y le dirè aqui, porque fue causa de vn gran disgusto que tuvo con su esposo.

Que gusto tienen tus ojos,
de ver los ojos que vn tiempo
dueños llamaron los tuyos
dos copiosas fuentes hechos.

Que gusto te dà saber,
quan poco ocupan el sueño,
pues ellos estàn llorando
quando los tuyos durmiendo.

Muy à mi costa les quitas
el imperio que tuvieron;
mas tu te llevas la gloria,
y ellos passan los tormentos.

No sè como es este enigma,
que la nieve està en tu pecho,
y sin que en èl se deshaga
yà se destila por ellos.

Mas yà llego à conocer
de aquesta duda el secreto,
que otro fuego se deshaze,
y refuelta el daño en ellos.

Que entre las muertas cenizas
de aquel tu pasado incendio,

no guardasses vna brasa,
que reviviesse algun tiempo.

Si tienes el coraçon
hecho para mi de yelo;
acercate, ingrato al mio,
que presto serà deshecho.

Mira, que al fuego que ardes,
es vn aperature sordo;
el mio no, que ès amor,
y es su calor verdadero.

No sè como vn pecho noble
puede vivir satisfecho,
quando vè vn alma rendida,
tirar los golpes violentos.

No te acabo de entender,
ni à mi misma no me entiendo;
solo entiendo que te adoro,
solo entiendo que padezco.

Mis lágrimas te endurecen,
y viene à ser caso nuevo,
caer sobre el yelo el agua,
y no dexarle deshecho.

Solo en ti, porque yo muera,
permite amor tal extremo,
pues devieras conocer;
que me pierdes, si te pierdo.

Segura estoy que tendràs
quien te quiera, pero advierto,
que quien te quiera hallaràs,
mas no mas que yo te quiero.

Muy avaro estàs conmigo,
muy pocos gustos te devo,
que aun por negarme el cariño,
siempre estàs fingiendo sueño.

Frio me dixiste ayer
que tenias, alto cuento;
pues quando tienes calor
para darme à mi consuelo.

No me mates tan apriesa,
hasta, que me matan zelos;
penas, que quando ay amor,

son mas que las del infierno.

Dissimula las tibieças,
que sino amor, es respeto,
no te precies de cruel,
quando de tuya me precio.

Di a la Circe, que te encanta,
algo de lo que merezco,
y pidele facultad,
para no ser tan grossero.

Quien me dixera algun dia,
esta ingratitud que veo;
ha finezas de hombre ingrato,
y como en humo se fueron!

Yo me acuerdo quando el Sol
te hallò en la calle, viniendo,
mas de alguna vez a ver
lo que estàs aborreciendo.

Y veo que aora estàs
tu reposando en el lecho,
è yo sintiendo, y llorando
tu tibieza, y mi desprecio.

Pues yo espero, que algun dia
te ha de castigar el cielo,
y que la misma que estimas,
ha de ser el instrumento.

Y entonces conoceràs,
lo que tienes en mi pecho,
que qual Pelicano està
para regalarte abierto.

Y aun estàs tan riguroso,
tan ingrato, y tan febero,
que no conservas mis braços
por si te faltan aquellos.

Mis penas me han de matar,
porque ya mi sufrimiento
està tan falto de fuerças,
que casi a vivir no acierto.

No es gran vitoria matarme,
quando vès que estoy muriendo
a manos de tu rigor,
y a la fuerça de mis zelos,

Preciate de tu crueldad,
cantaràs como otro Nero,
viendo que se abraça el alma
adonde tienes tu imperio.

O si estuviera en mi mano
aborrecerte, aunque pienso,
que en lugar de castigarte,
lisonja te huviera hecho!

Mas es caracter del alma
el amor con que te quiero,
pues quien desea imposibles
no podrá lograr su intento.

Mas si piensas ostentar
el rigor de que me quexo,
morir a fuerça de agravios
serà el vltimo remedio.

Afsi canta, y llora Blanca,
mas no la escucha su dueño,
que lagrimas en ausencia
son de muy poco provecho.

Y mas
con vn ingrato,
que en otra mas dichosa
està adorando. (ce)

Y aunq̃ la vè llorar no se entene-
porq̃ es cruel, y lagrimas no siente.

No acertava en nada D. Blan-
ca, aunque fuesse la mas acertada,
porque como era mal recibida, en-
fadava de todas maneras, y afsi en-
trando a este punto el Príncipe, y
su padre, que venian de fuera, co-
mo a los vltimos Versos, dezia, que
seria el vltimo remedio, el morir:
Respondiò: Afsi serà, que de otra
manera no me puedo librar de sus
enfados, y prosiguiendo con gran
dissimo enojo, dixo: Que locuras,
ò que mentiras son estas, Blanca, q̃
afsi en verso, y prosa, con achaque,

y color de lamentarte, estás diciendo contra mí? Que no basta en secreto canfarme, y atormentarme con ellas, sino que cantando las publicas? Canfadísimas mugeres foys las Españolas, gran castigo merece el Estrangero que mezcla su sangre con la vuestra. A esto como D. Blanca estava cierta, de que avia sido como quien la tenia tan illustre, que era mayor su engaño, que no el del Principe, respondió con brio. Mayor le merece la Española, que entendiendo viene a ser señora, dexa su patria, donde lo es, por hazerfe esclava de quien no la merece. No seais atrevida, D. Blanca (respondió el suegro) que os cortarè yo las alas: con que sobervia os remontais, que no sè yo quando pensalteis vos, ni vuestro linage llegar a merecer ser esposa de mi hijo. Finalmente, por no cansar, diciendo los vnos, y respondiendo los otros, se encendió el sugro de fuerte, que el Principe se descompuso con D. Blanca, no solo de palabras, mas de obras, maltratandola tanto, que fue milagro salir de sus manos con la vida, y essa se la pudo dever, despues de Dios a la señora Marieta, que con su autoridad puso treguas, aunque no paces al disgusto deste día, passandose muchos que ni el Principe la viò, ni D. Blanca se levantò de la cama, mas al fin tuvieron fin estos enojos, haziendose las amistades, no sè si para mayor enemistad, porq̃ D. Blanca quedò, como tan grã señora, descontenta con el desprecio pasado,

ni el Principe mas cariñoso, q̃ antes sino mucho menos, porque entre la vulgaridad estas rencillas de entre casados, en llegando a acabarse los enojos no se acuerdan mas dellas, mas en la grandeza de los señores, es diferente, que aunque sean casados, tienen duelo, y assi se lo dezia D. Blanca a D. Maria, que aunque amava ternísimamente a su esposo, todas las vezes que le via, le salian al rostro las colores que le avia puesto en èl sus atrevidas manos. Sucedió dentro de pocos meses vn caso, el mas atroz, que se puede imaginar; y fue en primer lugar, amanecer dentro del mismo Palacio vna mañana, muerto a puñaladas, vn Gentilhombre de la señora Marieta, que le dava la mano quando salia fuera: moço de mucha gala, y nobleza; y luego passados dos dias, que aun no estava moderado el sentimiento que la señora Marieta, y D. Blanca, tuvieron desta violenta, y defalñada muerte, y mas viendo que el Principe viejo no avia consentido hazer las diligencias, que fuera muy justo hazer en vn suceso tan defastrado, antes mandò, que no se hablasse mas en ello, por donde se passò que avia sido hecho por gusto suyo. Como digo, dentro de dos dias embiò su padre a llamar a su quarto a la señora Marieta, que fue al punto, y entrando donde estava, la hallò con su esposo, y primo, no se pudo saber lo que entre ellos passò, mas de que se cerraron las puertas del quarto, y se oyò, por vn

ef.

espacio, llorar a la señora Marieta, y despues desto llamar a Dios, y despues quedar todo en silencio; y fue, q̄ a lo que despues se viò, tenían atado al espaldar de vna silla, vn palo, y haziendola sentar en ella, su propio marido, delante de su padre la diò garrote; que esta tan cruel sentencia contra la hermosa, y desgraciada señora, salió de acuerdo de los dos, suegro, è yerno, de mas de vna hora que avian estado hablando a solas, no se pudo saber por que mas de la sospecha, por aver muerto primero a su gentil hombre, que se pudo conseguir seria algun testimonio, porque la señora Marieta era tan noble, y tan honesta, que no se podia pensar della liviandad ninguna, si yà no la dañò el ser tan noble, y el amar tanto a D. Blanca, que en todas ocasiones bolvia por ella. En fin murió apenas de veinte y quatro años, siendo el juez su padre, y el verdugo su mismo Esposo. Estava D. Blanca cuydadosa, que haria allà dentro la señora Marieta, que ya sabia de sus damas, que avia sido llamada por su padre, no aviendose hasta medio dia abierto la puerta de la sala, donde se avia executado la cruel maldad, que era en la que comia: entraron, como se abrió, los criados y pusieron las mesas, mas aunque vieron el triste espectáculo, ninguno hablava, ò porque se lo avian mandado, ò porque todos eran vnos. Vino el Principe de fuera, que no se hallò al lastimoso caso, ni le sabia, que fuera cierto no lo contin-

tiera, ò la salvara, porque amava mucho a su hermana, y no sabia, si del, que avia sentido menos la muerte del Gentil hombre, pues venido avifaron a D. Blanca, saliesse a comer, como lo hizo, bien apriessa, por ver si via a la señora Marieta, y saber, que enigmas eran, las que en aquella casa passavã; y sucediò así, que aun mismo tiempo entrava el Principe por vna puerta, y Doña Blanca salia por otra, que correspondia a su quarto, que tambien avia estado cerrada, hasta entonces, esta, y otras dos mas adentro; que como viò el triste cadaver, diciendo: Iesus sea conmigo! cayò de vn mortal desmayo: Sus damas, que con ella avian salido, aunque bien desmayadas de lo que presète vian; acudieron, y el Principe, que como digo, avia entrado al mismo tiempo, viendo por vna parte a su hermana muerta, por otra a D. Blanca desmayada, a su padre, y cuñado sentados a la mesa, no ay duda, sino que traspassado de dolor, y asustado de vn caso tal, con la color mortal, acudiò a D. Blanca, diciendo a su padre: Que crueldades son estas, Señor, ò que pretendes desta triste Española, que la has llamado para que vea tan lastimoso caso? A lo que respondiò el padre: Calla cobarde, que mas pareces hijo de algun Español, que no mio, que luego te dexas vencer de hazañerías Españolas. Retiraron las damas a D. Blanca a su camara, acompañandola el Principe, que no quiso sentarse a comer con su padre, an-

tes mostrando tierno sentimiento de la muerte de su hermana, y mal de su esposa, asistiendo a los remedios que se le hazian para tornarla en si, que al cabo de vna hora, creyendo todas era muerta, y llorádola por tal cobró el sentido, con tantos suspiros, y lagrimas, que enterneciera a vn marmol, y viendo al Principe que la tenia por vna de sus hermosas manos, alentandose lo mas que pudo, le dixo: Que quiere, señor, de mi vuestro padre? ó que es su pensamiento? que ya que hizo vna crueldad, como la que oy ha hecho en su hija, siendo tan santa, honesta, y virtuosa, me mandasse llamar, para que la viesse? Si es que me quiso dar exemplo, no ay para que supuesto que mi real sangre, y mi honor, no le han menester, por ser todo como mi nombre, demás, que en el de la señora Marieta vuestra hermana, por ser mas puro que el sol, no ay que poner dolo, q̄ para mi mas la ha muerto la malicia, que no la razon. Si es, que ni vos, ni el os hallais bien conmigo, embiadme a España con mi hermano, que yo os doy palabra, q̄ en deshaziendo su Santidad el matrimonio, y llegando a ella, entrar-me Religiosa, que no será muy dificultoso romper vn laço, que tan dulcemente os aprieta. No la dexò la pena dezir mas, de lo qual el Principe enternecido, la consolò, asegurandola, estàr èl tan ageno de lo que avia passado con su hermana como ella; mas que creyesse, que pues su padre, y esposo se avian de-

terminado a tal crueldad, que alguna secreta, y bastante causa los obligaria; y con algunas tibias caricias comió con ella, y dexandola mas quieta, a su parecer, se fue, porque le llamò Arnesto su Privado. Ido el Principe, llamò Doña Blanca a D. Maria, y le mandò traxesse vn escritorillo, donde ella tenia sus mas ricas, y preciosas joyas, y que llamasse a todas sus damas, las q̄ avian venido con ella de España, que eran seis, que todas las demás eran Flamencas; y aviendoles mandado cerrar la puerta, llorando con mucha ternera, les dixo: Ya he visto, queridas, amigas mias, en el cruel, y desastrado suceso de la señora Marieta, que mi muerte no se dilatarà mucho, que quien con su hija ha sido tan cruel, mejor lo será conmigo, y mas con el poco amparo que tengo en mi esposo; y por si me cogiere de susto como a ella, no quiero que quedeis sin algun premio del trabajo que aveis tomado por acompañarme, dexado vuestra patria, padres, y deudos; y así estas joyas que aora os darè, traedlas siépre con vosotros, en parte donde no os las vea nadie, para que si Dios os bolviere a España, sacandoos de entre estos enemigos, tengais con que tomar estado: Toma tu D. Maria, esta cadena, y collar de diamantes, y esta farta de perlas, que era de mi madre, que bien vale todo, dos mil escudos, y casate con Don Gabriel, pues yo hasta aora, por mis desdichas, no he podido cumplir lo que te prometí, y dichosa tu, que tendràs ma-

rido de su natural, y no como yo, que me entregarè a vn enemigo; y vosotras, estas que quedàn; las podreis repartir entre todas, y perdonadme, que no vale mas mi caudal, que de otra fuerte os pensè yo pagar lo que me aveis servido. Dicho esto dandole todas mil agradecimientos, llorando, como si ya la vieran muerta, pidiò recado de escribir, y escribió vna carta a su hermano, dandole quenta de lo que passava, y despues de cerrada la diò a D. Maria, para que de su parte, dandola a Don Gabriel, le mandasse la despachasse a España con persona confidente, y abraçandolas a todas les diò su bédiccion, besandole ellas las manos, quatro dias estuvo D. Blanca en la cama, mientras se diò sepultura a la señora Marieta, al cabo de los quales se levantò tan cubierta el alma de luto, como el cuerpo, porque apenas se le enjugavan los ojos, ni se alegrava de nada, ni aun con la vista de su esposo, mas esto no era mucho, porque èl estava tan seco, y despegado con ella, que dava gracias a Dios el dia que no le via: Desta fuerte passò mas de quatro meses, estando ya las cosas mas quietas, y que parecia que los disgustos estava mas moderados, y D. Blanca mas consolada, mas aunque ella estava con algun descuydo, no lo hazia assi su fatal desdicha, y estrella rigurosa de su nacimiento, que no le prometia mas alegre fin que a sus hermanas, porque en el tiempo que parecia avia mas quietud, quiso executar su san-

griento golpe; y assi dispuso, que vna tarde despues de comer, no aviendo el Principe entrado como solia otras, a dormir la siesta al estrado, estreñando D. Blanca, que de la mesa se avia retirado a su quarto, que era en baxo; preguntò a vna de las damas Flamencas, si avia salido el Principe fuera, y respondiendole que no, que con Arnesto se avia ido a su quarto, sospechando que tenia en ella dama, causa de sus zelos sacando de vn escritorio vna llave, de que estava apercebida, que vn coraçon zeloso de todo està prevenido; baxò por vna escalera de caracol, que de su quarto correspondia al del Principe, y que jamàs se abria, y abriendo passo, y entrando con mucho sosiego, por no ser sentida, llegò hasta la cama del Principe, en que dormia ordinariamente, que con ella era por gran milagro, y hallò, que hallaria?

Quisiera hermosas damas, y discretos Cavalleros, ser tan entendida, que sin darme a entenderme entendierades, por ser cosa tan enorme, y fea lo que hallò. Viò acostados en la cama a su esposo, y Arnesto, en deleytes tan torpes, y abominables, que es baxeza, no solo dezirlo mas pensarlo, q̄ D. Blanca a la vista de tan horrendo, y fucio espectáculo, quedè mas difunta que quando viò el cadaver de la señora Marieta, mas con mas valor, pues apenas lo viò, quando mas apriessa que avia ido, se bolviò a salir, quedando ellos no vergonçosos, ni pesafrosos, de que los huviesse visto, si-

no mas descompuestos de alegria, pues con gran risa dixeron: Mosca lleva la Española. Llegò D. Blanca a su quarto, y sentandose en su estrado, puesta la mano en la mejilla, se estuvò gran espacio de tiempo, tan embelesada, como si huviera visto visiones de la otra vida: llegò viendola así su amada D. Maria, y puesta ante ella de rodillas, le dixo: Que hallaste, señora mia, que tan cuydadosa te veo? Mi muerte hallè, D. Maria, respondió D. Blanca; y si hasta aqui la via en sombras, la veo yà clara, y sin ellas: bien sè, que lo que he visto me ha de costar la vida; y supuesto, que ya no se me escusa el morir, ya que esto ha de ser, serà con alguna causa, ò dexarè de ser quien soy. Ha señora mia! Dixo D. Maria, y como es bueno vivir, aunque sea padefiendo, si quiera hasta que tu hermano ponga el remedio a estos trabajos: Y pues desde que le escriviste, dandole cuenta dellos, tenian tu remedio puesto en èl porque le quieres aventurar todo, mejor es disimular, heziendote desentendida, hasta que venga, como te avisò, a estos Estados, y entonces con su amparo, podràs mejor sugetar tu vengança: Muchas vezes te he suplicado con muchos ruegos, que disimules tu passion con esta cruel gente, tan poderosos, con ser tan grandes señores, que ni temen a Dios, ni al mundo, y ora te lo vuelvo a pedir con mas veras, yà que no quieras hazer por ti, que

no me espanto que tengas en tanto padecer aborrecida la vida, por tus tristes criados, que quedarèmos sin tu amparo, en perpetuo cautiverio, si ya no hazen con ellos lo mismo que tu dizes esperas, haràn contigo: Ya no puede ser, dixo D. Blanca, que si bien juzgo que es verdad lo que dizes, lo que yo he visto, sin aver mas delito que verlo, me han condenado a muerte, y supuesto que ya no ay que aguardar, era degenerar de quien soy, si entendieffe esta infame gente, que passo por vn mal tan grande: Yo tengo de morir vengada, ya que no en los reos, que estos quedan reservados para ser mis verdugos, hasta que la justicia de Dios lo sea fuyo, a lo menos en el teatro donde se comete su ofensa, y la mia, con tan torpes, y abominables pecados, que aun el demonio se averguença de verlos; y pues el delito que ellos hazen, me condena a mi muerte, no ay que aconsejarme, que servirà de darme enfado, y no conseguirà fruto. Diciendo esto, sin querer declararse mas, dexando a D. Maria tan confusa, como descontenta, sabiendo que el Principe avia salido fuera cõ su padre, y q̄ Arnesto, se avia que dado escribiendo en el mismo quarto de su señor, vnos despachos, q̄ le avia mādado, baxò a baxo; y llamàdo ella misma los criados, mas humildes, q̄ no quiso q̄ ninguna de sus criadas quedasse cõprehèdida en la execucion de su vengança, mandò sacar la cama al patio, y quemarla. Preguntòle el atrevido paje;

que porquè causa se hazia aquel exceso ? A quien respondiò D. Blanca, que la causa era su gusto, y que agradecièsse, no hazia en èl otro tanto, mas que algun dia lo haria, ò no sería D. Blanca. Recogiòse con este a su quarto, a disponerse para morir, que bien sería cierto, porque quando bolviò las espaldas, ayiendole dicho a Arnelsto lo que se ha contado, le oyò dezir entre dientes. Bien haràs Española, si puedes, mas no te darè yo lugar para ello, como lo hizo, pues apenas vinieron los Principes, padre, y hijo, quando Arnelsto les contò, quánto avia passado, ponderandolo con tales razones, que hinchò de venenosa furia los pechos dañados de sus señores, y mas el del viejo, que ardiendo en ira respondiò: No temas esso, que antes de mañana a estas horas, pagará la Española atrevida estos excessos: En fin, se resolvieron a quitarle la vida, antes que su hermano llegasse, que ya tenían aviso, venia a gobernar las armas de aquellos Reynos: essa misma noche, hablò D. Maria a Don Gabriel, por vna rexa; por dódè otras vezes le hablava, dandole quenta de lo que passava, le dixo, como si Dios no la remediava, no tenia otro remedio, que D. Blanca dexasse de morir; y porque no executassen tambien en èl, como en quien sabian, que D. Blanca, estimava tanto, se escondièsse en parte que estuvièsse seguro, hasta ver en que parava, pues sus fuerças, ni las de los demás criados Españoles, no

eran poderosas contra tan soberbios, y poderosos enemigos, y mas estando dentro de su Estado, y dandole las joyas que D. Blanca le avia dado: se despediò del con muchas lagrimas, pidiendo a Dios, los librasse; y afsi Don Gabriel al punto, tomando vn cavallo, se partiò sin avisar a nadie, por no alborotar la buelta de Amberes, donde sino avia llegado, llegaría muy presto su hermano de D. Blanca. Aquella noche, no viò D. Blanca a su esposo, ni la llamaron, como las demás, para cenar, en que se conociò la ira, que con ella tenían; y por estar mas apercebida, no se acollò; antes en siendo de dia, como quien tan cierta tenia su muerte; embiò a llamar su Confessor, y se confesò, recibiendo con mucha devocion el Santissimo Sacramento: y dandole al Confessor vna cadena, y las sortijas que traía en las manos, le dixo: se saliesse luego de aquel lugar; porq̃ por ser Español, no le iría en èl mejor q̃ a ella, y le pidiò, q̃ si via a su hermano, le dixièsse, por lo que moria. Hecho esto, se fue a su estrado, y sentandose en èl: empeçò a platicar con sus damas, como sino estuvièra esperando la partida desta vida, pareciendoles a todas mas linda, que jamás la avian visto: porque el luto que traía por la señora Marieta, la hazia mas hermosa. Afsi estuyo, hasta cerca de medio dia, q̃ como los Principes, padre y hijo se viltierò, luego quisierò executar la sentencia contra la inocente corderilla, como ya lo tenían de-

terminado, y entrando los dos con su sangrador, y Arnesto, que traía dos bacías grandes de plata, que quisieron, que hasta en el ser èl también ministro en su muerte, darsela con mas crueldad, mandando salir fuera todas las demás, y cerrando las puertas, mãdaron al sangrador exercer su oficio, sin hablar a D. Blanca palabra, ni ella a ellos, mas de llamar a Dios la ayudasse en tan riguroso passo, la abrieron las venas de entrãbos braços, para que por tan pequeñas heridas saliese el alma embuelta en sangre, de aquella inocente víctima, sacrificada en el rigor de tan crueles enemigos. D. Maria por el hueco de la llave mirava, en lagrimas bañada, tan triste espectáculo. A poco rato q̄ la sangre començò a salir, D. Blanca se desmayò tan hermosamente, que diera lastima a quien mas la aborreciera, y quedò tan linda, que el Principe su esposo, que la estava mirando, ò enternecido de ver la desojada açuçena, ò enamorado de tan bella muerte; bolviendose a su padre, con algunas señales piadosas en los ojos, le dixo: Ay señor! Por Dios que no passe adelante esta crueldad! Satisfecha puede estar cõ lo padecido vuestra ira, y mi enojo. Porque os doy palabra que quanto ha que conozco a Blanca, no me ha parecido mas linda que aora: por esta hermosura merece perdon de su atrevimiento! A lo que respondió el cruel, y riguroso viejo, con voz alterada, y rigurosa: Calla cobarde, traydor, medio mu-

ger, que te vences de la hermosura, y tiene mas poder en ti, que los agravios: Calla, otra vez, te digo, muera, q̄ de tus enemigos los menos: y sino tienes valor, repara tu flaqueza, con quitarte de adelante; Salte fuera, y no la veas, que mal le defenderà, ni ofenderà a los hombres, quien desmaya de ver morir vna muger; asì tuviera a todas las de su Nacion, como tengo a esta; y diziendo esto, le abrió la puerta, y hizo salir fuera, a lo que el Principe con lagrimas en los ojos no replicò: en que se conociò, que el despego que tenia con Doña Blanca le devia de ocasionar su padre, y Arnesto, pues ido el Principe, se bolviò a cerrar la puerta, y se profugió con la crueldad, afsistiendo los dos con animo de tiranos a ella, hasta q̄ desangrada, como Seneca, rindiò la vida a la crueldad de los tiranos, y el alma al Cielo. Muera la hermosa D. Blanca tan desgraciadamente, porque no embidiaffe la desdicha de sus hermanas, si es don para ser embidiado, dexando bien que llorar en aquellos Estados, pues los estragos q̄ tocaren en crueldades que el Duque de Alva hizo en ellos fue en vengança desta muerte, dexádola en el estrado, como estava, y abriendo las puertas q̄ correspondian al quarto de sus damas, y cerrando las de la otra parte, se salieron fuera los ministros desta crueldad, q̄ como D. Maria, y las demás pudieron salir dõde estava, no lo reusaron, antes llorando se cercaron todas della, Españolas;

y Flamencas, que en el sentimiento, tanto lo mostravan las vnas como las otras, que como era tan afable de todas, igualmente era amada; vnas le besavan las manos, otras la extremecian, pensando q̄ no estava muerta, y todas hazian lastimoso duelo sobre el difunto, y hermoso cuerpo, en particular D. Maria, que se arrancava los cabellos, y se sacava con sus mismos dientes pedaços de sus manos, diciendo lastimosas ternezas, que es de creer se matara, sino fuera por no perder el alma. Así estuvieron hasta la noche, que llevaron el cuerpo de D. Blanca a la boveda de la Capilla del Principe, para que acompañasse el de la señora Marieta; y a D. Maria, y las otras damas Españolas a vna torre, teniendo a esta hora, en otra a los criados Españoles con el Confessor, q̄ no avia tenido lugar de irse, menos a D. Gabriel q̄ la noche antes se avia partido, donde estuvieron muchos dias, y estuvieran hasta que acabaran, si D. Gabriel, no diligenciara el modo de su libertad, que como llegó a Amberes, halló allí al hermano de D. Blanca, que avia llegado aquel dia, y dandole quenta de lo que passava, loco de dolor, juntando la gente de guerra, vino contra el Principe, pensando llegar a tiempo, porque como todos los criados estavan presos, no sabian si se avia executado la muerte de D. Blanca, hasta que cerca del Estado cogieron vno de la misma Ciudad, que les dixo lo que passava, que yá estava publico; y tambien como los Príncipes, padre, y hijo,

siendo avisados de su venida, estavan puestos en defensa, mas no les valió, que ellos, y muchos de sus valedores, pagaron con las vidas la muerte de la inocente D. Blanca, siendo su hermano para ellos vn fiero Leon, tal era la mortal rabia que tenia; mas todo esto no fue hecho tan presto que los pobres criados, y criadas no estuviesen mas de quatro años presos, passando mil lacerias, y trabajos, mas Dios les guardò en tantas penas la vida, para que saliesen a gozar su amada libertad: Tambien sacaron el cuerpo de D. Blanca para traerle a España, que estava tan linda como si entonces acabara de morir (señal de la gloria que goza el alma) que las cosas que su hermano hazia, y dezia, enterneciera vn marmol. D. Gabriel, y D. Maria yá casados, con las demás damas, y criados, vinieron a traer el hermoso cadaver, donde yá fosegado en su amada patria, tuvieron vna hija, cuyo nombre fue el mismo de su madre; y esta hija, llegando a edad de tomar estado, por su hermosura, casò con vn deudo muy cercano de D. Blanca, que fueron mis padres, a quien juntamente con mis abuelos, oí contar esta tan lastimosa historia, y verdadero desengaño que aveis oido, que os doy tan larga quenta dello, porque creais su verdad, como la contavan los que la vieron con sus mismos ojos.

Vean agora las damas, si ay en este desengaño bien en que desengañarse, y los Cavalleros en que re-

tratarse de su mala opinion, de que todas las mugeres padecen culpadas.

Eran a esta ocasion, que diò fin D. Luisa, tan ternos los sentimientos de las damas, y la admiracion de los Cavalleros, que aunque vian que avia dado fin, todos callavan, sino era con los ojos, lenguas del alma; hasta que D. Iuan, viendo la suspension de todo el auditorio, bolviendose a la hermosa D. Isabel, la dixo: Cantad, señora, alguna cosa que divierta esta passion para que la señora D. Francisca empieze con otra a renovar nuestra ternura, que yo en nombre de todos estos Cavalleros, y mio; digo que quando tambien ventilada, y concluida la opinion de las damas defengañadoras, y que cõ justa causa han tomado la defensa de las mugeres; y por conocerlo afsi nos damos por vencidos, y confesamos, que ay hombres, que con sus crueldades, y engaños, condenandose a si, disculpan a las mugeres que oyendo todos los Cavalleros lo que Don Iuan dezia, respondieron, que tenia razon; con lo qual, sin dar lugar a las damas, que moralizassen sobre lo referido; pues vian que los Cavalleros, rendidas las armas de su opinion, se davan por rendidos a la fuya, la hermosa D. Isabel, y los Muficos, cantaron afsi.

Lastima tengo ojos mios,
que estais ciegos, y cansados,
à puro sentir desprecios,
y à puro llorar agravios.

Si yà vivis satisfechos
que servis à dueño ingrato,
que el oro de vuestro amor
le paga con plomo falso.

Y que quando le aguardais,
con caricias, y regalos,
à pesar de vuestras penas
reposa en agenos braços.

Para que os atormentais,
para que os estais cansando,
si en taça de amargos zelos,
os dà à beber defengaños.

Si es que llorais, ojos mios,
venturas, que yà passaron,
advertid, que de estas glorias,
no hallareis senda, ni rastro.

Y si pensais restaurar
lo perdido con el llanto,
sabad, que en agua escrivis
los gustos que yà passaron.

Quando mas os vè rendidos,
de vosotros no haze caso;
que tratar mal al humilde
es condicion de tiranos.

Si veis que no se lastima,
aunque escucha vuestro llanto,
dezidme yà, que esperais?
ò de que sirve cansaros?

Mas seguro serà huir,
mas respondereis llorando:
como he de huir de la vida,
quando la tengo en sus manos?

Mas pues veis, que no medrais;
ojos buscad nuevo amo;
con lagrimas respondeis,
no quereis executar lo.

Pues advertid, que si amor
se rinde a nuevos cuydados,
con quien mas le sirve tiene
la condicion de villano.

Pues no os podeis engañar

aunque querais disculparos,
que bien conoceis el dueño
de quien es el vuestro esclavo.

Pues sufrir, y padecer,
fugetos à vn ciego engaño,
esso es quitaros la vida,
con tormento dilatado.

Gloriosa vive Castalia,
vosotros moris rabiando,
pues como no echais de ver,
que es grande hechizero el trato.

Ay cuytados de vosotros,
que poco remedio os hallo,

si no os vais à retraer
al templo del defengaño,

Pues si esperais à que el tiempo
haga en vosotros milagro,
passa en los bienes apriessa,
como en los males despacio.

Dezid, que pensais hazer
mas yà respondeis callando,
que presos por voluntad,
jamás la prision dexaron.

Morir amando,
que el valiente en la lid,
no dexa el campo.

NOCHE VIII.

EN tanto que durò la musica,
que todos escucharon con grã
gusto, oyendo en este Roman-
ce trocados los vltimos Versos, de
vno que hizo aquel Principe del
Parnaso, Lope de Vega Carpio,
cuya memoria no faltará mientras
el mundo no tuviere fin, avian tro-
cado asientos D. Luísa, y D. Fran-
cisca su hermana, que era a quien le
tocava el vltimo defengaño desta
octava noche, no muy segura de sa-
lir vitoriosa, como las demás; pero
viendo era fuerça, se alentò, enco-
mendandose a la ventura, empeçò
desta suerte.

Que los hombres siempre lle-
van la mira a engañar a las muge-
res, no me persuado a creerlo, que
algunos avrá, que con la primera

intención, ò aficionados a la her-
mosura, ò rendidos al agrado, ò en-
golosinados de la comodidad a-
men; tengolo por certissimo, que se
cansan presto, y cansados, ò se enti-
bian, ò aborrecen, y olvidan, es se-
guro; mas que ay muchos que en-
gañan, quien lo puede dudar, pues
todas las vezes que yo dixere, que
desco vna cosa, teniendola; enga-
ño, que lo que poseo no lo puedo
desear: Pues como el casado tenien-
do a su muger busca otra? No es
respuesta el dezir, haràlo, porque es
mas hermosa, mas graciosa, ò mas
agradable, porque le responderè:
Quando amaste essa, no la hallaste
con todas essas gracias? Si: Pues mi-
rala siempre con ellas, y será siem-
pre vna, y no engañes a otra, di-
zien.

ziendo, que la quierès amar, y servir: no amas, ni sirves a la que tienes en casa, y lo haràs a la que buscas fuera: y lo mismo es el galan con la Dama; y destes engaños que ellos hazen, las mugeres dan la causa pues los creen; y así no me maravillo que los hombres las condenen. No quieren los hombres confesar que engañan, que esto fuera preciarse de vn mal oficio, antes publicando buen trato, culpan a las mugeres, de que no le tienen bueno, y si los apuran, dicen, para que se dexan ellas engañar, y tienen razon, que ay muger, que es como el ladrón obstinado, que aunque vé que està ahorcando al compañero, està èl hurtando. Vèn à las otras lamentarse de engañadas, y mal pagadas, y sin tomar escarmiento se engañan ellas mismas: Porque yo me he de engañar de quatro mentiras bien afectadas que me dize el otro, asegurandome, que se guardò para mi intacto, y puro, sin tener otras ciento, a quien dize otro tanto, y luego me engañò: Bueno està el engaño: Anda bova que tu te engañaste, que a los hombres no se les ha de creer, sino es quando dicen: *Domine non sunt digni.* Aficionose vn galan por las nuebas que avia oído, de vna dama, ò lo fingia (que era lo mas seguro) tratò de ver a ella no lo consintió diò en escribirla, y ella por lo galante, le respondia de lo acendrado de lo cariñoso, de lo retorico; y èl siempre hazia sus fuerzas, por verla mas ella lo escusò, hasta que el

tal huvo de hazer vna jornada. Partió con su deseo, prometiendo la correspondencia, porque èl amava, segun dezia, el alma, y no el cuerpo, a dos leguas no se le acordò mas del tal amor: mas ella, que cuerda, conocia el achaque, no avia caminado vna, quando yà le tenia olvidado; porque a la treta, amar la contra treta, que de cofario a cofario, no ay que temer. Esto es, señoras mias, no dexarse engañar; y mientras no lo hizierades así, os hallareis a cada passo en las desdichas en que oy se hallan todas las que tratan destes misterios, mas dolorosos, que gozofos. Lo que siento mal de los hombres, es el dezir mal dellas; porque si son buenas, no cumplen con las leyes divinas, y humanas, en culpar al que no tiene culpa; y si son malas, q̄ es menester dezir mas mal que el que ellas mismas dizen de si, con sus malas obras; y con esto ellos mostrarèn su nobleza, y ellas su civilidad: mas yà me parece, que no avrà en esto enmienda, y así tratèmos de salir con nuestra intencion, que es probar, que ay, y ha avido muchas buenas, y que han padecido, y padecen en la crueldad de los hombres, sin culpa; y dexemos lo demás, porque tengo por sin duda que està ya tan obstinados los animos de los hombres contra las mugeres, que ha de ser trabajo sin fruto porque como no encuentran con las buenas, no se quieren persuadir que las ay; y esta es su mayor ignorancia, que si las que hallan ca-

da passo, y à cada ocasion en las calles, por los prados, y rios, de noche, y de dia, pidiendo, y recibiendo, y muchas dando su opinion a precio del vicio, fueran buenas; no las hallaran; y crean que esto es lo cierto, y conociendo en la libertad de su trato lo q̄ son, no se que-
 xen, sino vayan con advertimiento que la que busca es, para en pasando aquello que halla, buscarà otro tanto; y en dando en buscar, lo iràn a buscar a los infiernos, quando no hallen en el mundo; y de las que buscan a todos no esperen sacar mas que agravios, si lo son; porque yo tengo por seguro, que el mayor es el que les hizieren en las bolsas, que los demàs no lo son pues saben que aquel es su officio. Con esto he dicho lo que siento, lo dirè en mi desengaño, en razon de la crueldad de los hombres, è inocencia de muchas mugeres que han padecido sin culpa.

No ha mucho mas de veinte y seis años, que en vna Ciudad de las nobles, y populosas del Andaluzia, que a lo que he podido alcanzar, es la insigne de Iaca, vivia vn Cavallero de los nobles, y ricos de ella, cuyo nombre es Don Pedro, hombre sobervio, y de condicion cruel: A este le diò Dios, no sè si para sus desdichas (vn hijo, y vna hija): y digo, que no sè si fue ventura, ò desgracia el tenerlos, porque quando los trabajos no se sienten, no son trabajos, que el mal no es mal quando no se estima por mal, q̄ ay coraçones tan duros, ò tan igno-

rantes, que de la misma fuerte reciben el trabajo que el gusto; y si bien dicen, que es valor, yo le tengo por crueldad. El hijo tenia por nombre Don Alonso, y la hija D. Mencía; hermosa es fuerza que lo sea, porque avia de ser desgraciada, demàs que parece, que compadece mas la desdicha en la hermosa, que en la fea virtuosa, era fuerza, siendo noble, amada, ella misma con la afabilidad, y noble condicion se lo grangearia, deseada, y apetecida: Que muger rica de naturaleza, y fortuna no lo es? Pues parece, que por lo admirable de ver juntas en vna muger, nobleza, hermosura, riqueza, virtud, no solo admira, mas es iman, que se lleva tras si las voluntades, y tenialas D. Mencía tan grangeadas, que no solo en su misma tierra, mas en las apartadas, y cercanas tenia su fama jurisdiccion, por lo qual avia muchos que la deseavan por esposa, y se la avian pedido a su padre, mas èl deseoso de que toda la hazienda la gozasse Don Alonso, teniendo intento de que D. Mencía fuesse Religiosa, la negava a todos quantos le tratavan de merecerla dueño. A quien mas apretò el deseo, ò el amor de D. Mencía, fue a vn Cavallero, natural de la Ciudad de Granada, que afsistia en la de Iaca algunos años avia, por averse venido sus padres a vivir a ella, trayendole muy pequeño; la causa se ignora, solo se sabia, que era abastecido de riqueza, en tanta suma que siendo su padre de los

mas poderosos de la Ciudad, qualquiera de los Cavalleros della, quando en Don Enrique no huviera las partes de gala, bizarría, y noble condicion, por solo la hazienda tuviera a su fuerte emparentar con él, y la tenian por muy buena en tenerle por amigo, porque hallavan en su libertad muchos defahogos para algunas ocasiones de necesidad, y Don Pedro, y su hijo la profesavan con él, aunque como la soberbia de Don Pedro predominava en él, mas que su nobleza, no hazia dentro de si mismo la estimacion que a Don Enrique se le debia, efecto de desearle, como los demás para emparentar con él, y esto nacia de saber, no se que mancha en la sangre de Don Enrique, que Don Pedro no ignorava que a la cuenta era aver sido sus abuelos Labradores; falta, que supuesto que se cubria con ser Christianos viejos, y con tanta maquina de hazienda, no fuera mucho disimularla. Enamorado de la hermosura, y contento con la buena fama de D. Mencía, se atrevió Don Enrique a pedirselo a su padre, y hermano por esposa, que aviendolo respondido, que D. Mencía queria ser Monja, se halló defraudado de merecerla, y desesperado por amarla; mas como los amantes siempre viven de esperanças, no la perdió del todo D. Enrique pareciendole, que si llegasse a alcanzar lugar en la voluntad de la dama, importava poco no tener la de su padre; pues a todo riesgo, co-

mo ella quisiessse ser su esposa, todo el daño podia resultar en sacarla de su poder, aunque no le diessen dote con ella, pues tenia bastantes bienes, para no sentir la falta, de que D. Mencía no los tuviesse; mas que los de su belleza, y virtud; y con esse pensamiento se determinó a servir a D. Mencía, y grangearle la voluntad, hasta conseguir su deseo, y salir con su intencion, y para esto grangedó la voluntad de vn criado de D. Mencía, que la acompañava ordinariamente quando salia fuera, aunque era pocas vezes, por la condicion escrupulosa de su padre, y hermano, los quales ya la huvieran encerrado en vn Convento, temerosos de que ella no se casasse, viendo que no tratavan de casarla, a no aver visto en D. Mencía poca voluntad a tal estado, y aguardavan a que viendose encerrada, y no muy querida de los dos, la obligasse el aprieto de sus condiciones, a elegir el estado que ellos deseavan darle; y si bien D. Enrique no ignorava, que D. Mencía tenia otros pretendores, que con el mismo intêto que él la sollicitavan, fiado en su gentileza, y riqueza, y en el ayuda que el criado que avia traído a si con dadivas, le prometia, dió principio a su pretension con este papel.

Mi atrevimiento es grande, mas no mayor que vuestra hermosura, que con essa no ay comparacion, sino solo mi amor, forçado del os he pedido a vuestro padre por esposa, mas he sido tan desgraciado, que no le he merecido este

este bien, diziendome, que os viene par-
 ra Religiosa: Viendome morir sin vos,
 me ha parecido; que si vuestra volun-
 tad me admite importa poco, que me
 falte la fuya, pues no me hizo el Cielo
 tan pobre que tenga necesidad de su
 hazienda si acaso por esto desea poneros
 en el eterno cautiverio de la Religion,
 quitando al mundo el sol de vuestra her-
 mosura, y à mi la dicha de merecerla;
 mi intento es, que seais mi dueño aun-
 que sea à disgusto fuyo. Ya os he dicho
 quanto os puedo dezir, y si os pareciere
 atrevimiento, tomad un espejo, mirad
 vuestra belleza, y me perdonareis. Su-
 plicoo, señora mia, por ser ingrata con-
 migo, que no seais cruel con vos, ni
 aguardess à que vuestro padre qui-
 tandoos la libertad, me quite à mi la
 vida.

No se descuydò el mensagero en
 dár el papel a su señora, la qual a-
 viendole leído, y considerando quã
 tiernamente su padre, y hermano,
 por desposseerla de la hazienda, le
 querian privar de la libertad; desef-
 perada con la passion, y persuadida
 del criado, que puso todas las fuer-
 zas en su astucia, diziendole lo que
 ignorava en ser esposa de D. Enri-
 que, su riqueza, y partes, aconse-
 jandola no dexasse perder la ventu-
 ra que le ofrecia el Cielo, diziendo-
 le, que fino se casava asì, no espe-
 rasse serlo de mano de su padre, por-
 que el sabia bien su intencion, que
 era quitarla de ocasion, en que la
 hazienda, que toda la queria para
 su hermano, se desmembrasse, y o-
 tras cosas a este modo, pareciendo

lé a D. Mencia, que el yerro de ca-
 farse sin gusto de su padre, con èl
 tiempo se doraria: Agradada de las
 partes amables de Don Enrique,
 a quien avia visto muchas vezes, y
 tenia particular inclinacion, y que
 avia de ser (que es lo mas cierto,
 porque aunque se dize, que el sabio
 es dueño de las estrellas; librenos
 Dios de las que inclinan desgracias
 que aunque se tema, y se aparten de
 ella, es necessaria mucha atencion
 para que no executen su poder) se
 rindiò al gusto de su amante, al con-
 sejo de su criado, y lo mas cierto a
 su inclinacion; y a pesar de esta
 suerte, al gusto de su padre, por ser
 tan contrario al fuyo: de manera,
 que hallando el amor entradas bas-
 tantes en el pecho tierno de la da-
 ma, se apoderò del, empeçando des-
 de aquel mismo punto a amar a D.
 Enrique, y à desearle, y admitirle es-
 poso, respondiendole al papel tan a
 gusto de su amante, que desde esse
 mismo dia se juzgò en possession
 del bien que deseava; pues viendo-
 se favorecido empeçò a galantear,
 y servia a D. Mencia con passões si
 bien recatados, por no alborotar a
 su padre, y hermano, con regalos, y
 joyas, que mostravan su amor, y ri-
 queza, con musicas, y versos, en que
 era, sino muy acertado; por lo me-
 nos, no los pedia prestados a otros
 todo dispuesto por la orden de Gó-
 çalo (que este era el nõbre del cria-
 do tercero) desta voluntad, hablan-
 dose algunas noches, despues de
 recogidos todos por vnas rejas ba-
 xas, q̄ caian a las espaldas de la ca-
 sa

sa de D. Mencía, y eran de su misma estancia, que por menos pasada aquella calle la tenia su padre en ella, por donde vna noche, que D. Mencía le escuchava, cantó Don Enrique al son de vn laud estas dezimas.

De la memoria los ojos
se quexan, y con razon,
porque ella, ni el coraçon,
no gozan de sus enojos:
A la pena dån despojos;
los ojos, pues en no ver,
con eterno padecer
estån, pero la memoria
gozando el bien està en gloria
porque llega à posscer.

Vieron los ojos el bien,
mas la memoria ligera
se le vsurpò de manera
que haze que sin èl estèn:
Ellos vieron, y no vèn;
ella no viò, y el bien tiene,
ella quando el bien no viene
en si le goza, y los ojos
gozan lagrimas, y enojos,
hasta que el ver los despene.

La tabla, que al huesped llama
le aposenta, y fuera queda,
son los ojos, sin que pueda
amor reparar su llama:
Es la memoria la cama
en que, vos señora, estais,
mas si a los ojos no dais
parte del bien, que sois vos,
yo os juro, mi bien, por Dios,
de que vn esclavo perdais.

No ay cosa que satisfaga
al mal, que sin veros tienen,
y si los dexais que penen,

no les dais segura paga;
No permitais los deshaga
su continuo padecer,
pues supieron escoger
tan divino dueño en vos,
pagad, señora à los dos
lo bien que os saben querer.

Vuestro valor, sin segundo,
zeloso, mi bien, me tiene,
temiendo, que avrà quien peñe
por vos como yo en el mundo:
Los zelos que tengo fundo,
señora en vuestro valor,
porque si yo os tuve amor
el día que os lleguè à ver,
qualquiera os podrà querer,
que os llegue à ver en rigor.

De justicia, amor pudiera
pretender esta vitoria,
mas haga misericordia,
lo que justicia pudiera:
De que hallareis quien os quierã
yo no lo puedo dudar,
pero quien os pueda amar,
dulce dueño mas que yo
no le ay en el mundo, no,
ni se ha de poder hallar.

Deydad soys en quien mis ojos
adoran de Dios el sèr,
pues que se vè su poder
en tan divinos despojos:
A vuestras plantas de inojos
os ofrezco quanto soy,
por esclavo vuestro estoy
en el rostro señalado,
el alma, que ya os he dado,
dos mil vezes os la doy.

Causò la musica (aunque sin ostentacion de voces, ni instrumentos, mas de la que alcançò del Cielo el que

que la dava, por novedad) admiracion en la vezindad , y que temia a su padre de D. Mencia , que su hermano no estava en casa, que como moço se recogia tarde , ocupado en sus juegos, y galanteos, mas por la primera vez no hizo estremo ninguno , considerando en medio de su sospechoso rezelo, que podia ocasionarla alguna dama de las que avia en la vezindad , viendo que su hija parecia vivir descuydada de galáteos, y amores: En fin, passò por esta vez en su duda, porque aun que D. Mencia estava junto a la rexa no la abrió, oyendo que su padre no dormia , antes muy passo se acostò, y no negociò mal en hazerlo, porque desde que Don Enrique empeçò a cantar , estava D. Alfonso en la calle , que venia a costarse, mas como en ninguna ventana de su casa viò gente , aunque enfadado, entrádose en ella , no se diò por entendido de su enfado. Vinose a eslabonar de suerte la voluntad de Don Enrique , y D. Mencia que ayudados de los consejos , y solitudes de Gonçalo, y de vna donzella suya , a quien D. Mencia , diò parte de su amor, que por la misma rexa que se hablaban, delante de los criados se dieron fee, y palabra de esposos , con que Don Enrique se juzgò dichoso , y D. Mencia asegura de que su padre la hiziesse fuerza , para que tomasse el estado que deseava ; si bien temiendo la dama la ira de su padre, pidió a su amante que por entonces no se hiziesse novedad ninguna , hasta ver si su pa-

dre mudava de intèciõ, que se le cõcediò bien contra su voluntad, porq̃ como amava , quisiera verle en la possessiõ de su amada prenda, siendo imposible, por la condicion dicha, de su padre, y hermano , sino era sacandola de su casa , tanta era la custodia cõ que la tenian; y aunque causava algun escândalo en los vezinos de la misma calle , verlos hablar de noche, por la rexa , no se atrevieran a estorvarlo por la sober; via que en padre , y hijo conocian, disculpádo en parte a la dama, por la vida tan estrecha en que la teniã, que apenas salia, sino a Missa, y esto acompaõndola su padre, ò su hermano. Quando D. Enrique se enamorò de D. Mencia , tenia vna dama casada , mas libre , y desembuelta : y como el verdadero amor no permite en el pecho donde se aposenta compaõia , al punto que amò a D. Mencia para hazerla su esposa , se olvidò del de Clavela. en tanto estremo , que ni verla , ni aun passar por su calle, fue posible acabarlo con èl. Clavela sentida de el desprecio, y de la falta que le hazian las dadivas , y regalos de Don Enrique, diò en inquerir, y saber la causa, sospechãdo, que nuevos empleos le apartavã della , y encomendando el averiguarlo a la solicitud de vna criada ; no le fue dificultoso porque siguiendole de dia, y de noche, vino a saber como hablava con D. Mencia todas las mas noches por aquella rexa ; y conociendo las partes de la dama, bien conociò, que era casamiento , porque por

Otra via no se podia entender , que caminasse aquel amor, y se resolvió a estorvarlo, aunque pudiesse a peligro su vida, y la de los dos amâtes. Que no intentará vna muger libre, y zelosa, pues como tal buscò a D. Enrique, viendo que el no la buscava a ella ; y sobre muchos disgustos que sobre el caso tuvieron, viendo, que ni con lagrimas , ni ruegos, ni menos con amenazas, se podia bolver a su mitad , se determinò a llevarlo por camino mas violento: pues aunque Don Enrique se lo negò , como ella estava bien cierta de la verdad , no tuvo atencion a mas que a vengarse, y la desdicha le diò modo para hazerlo. Tenia esta dama amistad con vnas señoras , madre, y hija, de la Ciudad de lo bueno, y calificado della, aunque en su modo de vida no se portavan con la atencion competente a su sangre, porque recibian visitas con grã desdoro de su opinion, en cuya casa entrava familiarmente Don Alfonso, y aun ellas visitavan algunas vezes a su hermana , porque aunque por su modo de vida , las mas principales de la Ciudad se negavã a su casa, no les podian impedir venir a las suyas. En esta casa avia visto D. Alfonso a Clavela , y avn no le avia parecido mal , sino que se le avia ofrecido por muy suyo : Dicho a las dichas señoras la hablassen de su parte.

No ignorava Clavela ser D. Alfonso hermano de D. Mencia, y si bien a los principios, creyendo D. Enrique bolveria a su amistad , se avia

negado a su pretension, yã desvalida de todo puto de D. Enrique, admitiò a D. Alfonso, no tanto por estar aficionada a èl , quanto por entablar su vengança. Veíase por causa de su marido con Don Alfonso, en casa de sus amigas, y vn dia que todas juntas estavan con D. Alfonso en conversacion , le dixo Clavela: que porque no casava a su hermana , que si aguardava a que ella se casasse sin su gusto, ni el de su padre? No harã Mencia tal, dixo Don Alfonso, porque demàs, de q̄ su virtud, y obediencia le assientan siempre, era muy niña, y aun no avian llegado a su imaginacion estos deseos, q̄ a ser de mas edad , yã estuviera en Religion: Que bueno es esto, respondió Clavela, para lo que se: Bien dicen, que el postrero que lo sabe , es el ofendido; pues advierta, D. Alfonso, q̄ sino esta casada, ya anda en esto ; y digolo así, porque no es de creer , que vna dama de la calidad, y partes de la señora D. Mencia, se atreviera contra su opinion, y la de su padre, y hermano a hablar todas las noches por vna rexa con D. Enrique, sino fuera para casarse. Mira lo que dizes, Clavela, dixo D. Alfonso , que si son zelos de Don Enrique , porque entra algunas vezes en mi casa ; bien puedes tenerlos , y darmelos a mi , con saber , que aun no estàs olvidada de essa voluntad , mas no que pongas dolo en el honor de mi hermana, porque desde mi quarto al suyo ay mucho, y jurarè que las vezes, que Don Enrique entra a buscarme a mi,

mi, ni vèa mi hermana, ni ella està en tan poca custodia, que le vea a èl, porque es mi madre quien la vela. Riòse Clavela, y las demás, que ya todas estavan puestas en hazer este mal a D. Mencia, y dixo: Ni son zelos, ni a mi me importa nada Don Enrique, que no es sino sentimiento, de que se hable mal en la vezindad, y otras partes, contra el honor desta señora; las músicas, los passeos, el hablar de noche, es tan publico, que antes dizen, que Don Alonso, y su padre, se dàn por desentendidos, por casarla sin dote, con vn hombre tan poderoso, como Don Enrique. Esto lo saben muy bien estas señoras, y es muy buen modo de tener yo zelos, su puesto, que si se toma mi voto, le darè aora, acòsejando, que seria mejor casarlos, que no dàr motivo a mormuraciones. La ira de Don Alonso, con esto que oyò, fue tà grãde, que apenas acertò a responder, y ciego de enojo, tãto de la liviandad de su hermana, como del atrevimiento de Don Enrique, sin poder disimular su passion; ni las mal aconsejadas mugeres, reportarle en ella, pues ellas no pretendian, sino incitarle a ella; se despidiò, y fue a su casa, y apartando a su padre, le diò quenta de lo que passava, y despues de varios acuerdos, se determinaron a disimular, hasta vengarse; teniendo por afrenta, que la sangre de Don Enrique, se mezclasse con la suya. Mas de vn mes se passò, sin tratarle de nada, en razon de la venganza; porque como Don Pedro

era hombre mayor, no quiso hallarse a los riesgos della, y asì aviendo venido la Flota, donde le traian cantidad de dineros, diziendo, que queria hallarse al despacho dellos en las Aduanas de Sevilla, se partiò de Jaen, llevando consigo a Gòzalo, y otros dos criados que avia en casa, no quedandole a Don Alonso mas de vn paje, que le acompañava en este tiempo. Disimuladamente se avia Don Alonso enterado del galanteo de su hermana, y vistola por sus ojos hablar con Don Enrique, que si bien no se assegurava mucho de las amenazas que Clavela le avia hecho, amava tanto a D. Mencia, que sin temer riesgos, ni peligros, continuava el verla, pareciendole, que quãdo Clavela intentara hazer algun mal, todo podia parar en sacar la cara, y dezir que era D. Mencia su muger, y aun a no impedirfela ella, temerosa de la ira de su padre, ya lo huviera hecho. En teniendo cartas Don Alonso, de que su padre avia llegado a Sevilla, al punto diò orden de lo que entre ellos avia quedado dispuesto. Mal segura se hallava D. Mencia, y temerosa, por vèr a su hermano andar defabrido con ella; y no queriendo ya guardar a algun lance peligroso, vn dia acabando de comer, viendo a su hermano, que se avia ido a su quarto, se entrò en aquella quadra por donde hablava a Don Enrique, cuya rexa caia a las espaldas de la casa, que era donde ella se tocava, por estàr detrás de la en que

tenia su cama, y se puso a escribir vn papel a su esposo, pidiendole, se viesse aquella noche con ella, para disponer sus cosas, que acabando de escribirla Don Alonso, que no se descuydava, y avia estado azechando lo que hazia, aviendo embiado al paje de proposito fuera, y dexando cerradas en su mismo quarto, dos donzellas, y vna criada de cocina que avia: amenaçandolas con la muerte, si chistavan. Entrò en el aposento de su hermana, tan passo, que sin poder prevenir guardar el papel, la cogiò, cerrandole, y como se le quitò, y le leyò, aunque la triste dama quiso disculparse, no le bastò ninguna cosa, que en abono suyo intentasse dezir: saliose Don Alonso fuera, y cerrandola con llave, se salio a la puerta de la calle, donde se estuvo hasta q viò passar vn Clerigo, al qual llamò, diziendo: entrasse a confessar vna muger, que estava en grande peligro de muerte: hizolo assi el Sacerdote, y entrando dentro, y Don Alonso con èl, harto espantado, de no ver en toda la casa persona. Llegaron al retrete, y abriendo D. Alonso la puerta, le dixo: que entrasse, y confessasse aquella muger que estava alli, porque al punto avia de morir. Asultose el Sacerdote, y dixo: que porquè causa queria hazer crueldad semejante? Padre, respondió Don Alonso, esso no le toca a vuestra merced, ni a mi el darle quèta, porque la tengo de matar: confessarla es lo que le piden, y sino lo quiere hazer, vayasse con Dios, que

sin confessar la matarè. Vièdo, pues, el Clerigo la determinacion de D. Alonso: entrò, y confessò a D. Mencja, la qual con muchas lagrimas lo hizo, deteniendo al Clerigo por entretener algun poco mas la vida, como lo contò èl mismo despues. Acabada de còfessar la dama, el sacerdote salio, y con palabras muy cuerdas, y Christianas, quiso reducir a Don Alonso, diziendole, que mirasse, que aquella señora, no devia aquella muerte: por quanto su delito no passava a ofensa, supuesto, que no era mas de deseo de casarse, sin aver avido agravio ninguno de por medio; que temiesse la ofensa de Dios, y su castigo. Bien estoy con esso, padre, respondió el ayrado moço: yo sè lo que tengo de hazer, y nunca dè consejos a quien no se los pide. Lo que yo le pido es, que en estos ocho dias, no diga a nadie esto que aqui ha visto, porq si lo contrario haze: le he de hazer menudas pieças. Temiò tanto el Clerigo, que no dudando, que estava tan en peligro como la dama, aviendoselo prometido, no viò la hora, que verse fuera de aquella casa, y aun despues no acabava de asegurarse, estava en salvo; por lo qual, no se atreviò a dâr quenta del caso, hasta q estuvo publico. Ido el Sacerdote, Don Alonso tornò a entrar, donde estava la desdichada dama, y dádola tantas puñaladas, quantas bastaron a privarla de la vida, se salio, y cerrando el retrete, se dexò la llave en la misma puerta, y luego aguardando a q viniessè el paje le

le diò el papel de D. Mencia, y le mandò, se le llevasse a Don Enrique, diziendole, que dixesse se le avia dado su señora, y que luego le fuesse a buscar en casa de aquellos señores donde solia ir, y q̄ le aguardasse allí, hasta que èl fuesse. Cõ esto cerrando la puerta de la calle, se fue en casa de vn amigo, que devia de ser de las mismas mañias que èl, a quien pidió le acompañasse aquella noche en vn caso que se le avia ofrecido, y hallando en èl, el ayuda que buscava, se estuvo en la misma casa del amigo retirado, hasta que fuesse hora de ir a èl. Diò el papel de D. Mencia, a Don Enrique, el paje, y aviendole respondido de palabra, dixesse a su señora, haria lo que la mandava, se fue donde su amo le avia dicho le esperasse: Mucho estrañò Don Enrique el llevar el paje de Don Alonso, porque desde que se avia ido D. Gonçalo a Sevilla, D. Mencia no le escrivia, sino con vna criada, y a no conocer la letra de la dama, casi le pusiera en confusion de algun engaño; mas pensò, que alguna grã novedad devia de aver; pues le escrivia con diferente menfagero, y no veia la hora de ir a saberla, que como viò q̄ avia dado las onze, que era en la que la dama le hablava, por ser en la que su casa estava sossegada, solo porque siempre iba afsi, aunque apercebido de armas bastantes, se fue a la calle de su dama, y llegando a la rexa, la viò cerrada, porque D. Alonso la avia dexado afsi: y haziendo la seña por donde se entendian,

como viò, q̄ ni a vna vez; ni a dos, ni a tres salia, llegò a la rexa, y passò tocò en ella, y apenas puso en ella la mano, quando las puertas de todo punto se abrieron con grandissimo estruendo, y alborotado con èl, mirò por vèr que en el pequeño retrete avia gran claridad, no de hachas, ni buxias, sino vna luz, que solo alumbrava en la parte de adentro, sin que tocasse a la de afuera; y mas admirado, que antes mirò a vèr, de que salia la luz, y viò al resplendor della, a la hermosa dama, tendida en el estrado, mal compuesta, bañada en sangre, que con estàr muerta desde medio dia corria entonces de las heridas, como si se las acabará de dàr, y junto della vn lago de sangramiento humor. A vista tan lastimosa, quedò Don Enrique casi sin pulsos, que a su parecer juzgò, que ya el alma se le apartava del cuerpo, sin tener valor para apartarse, ni allegarse, porque todo el cuerpo le temblava, como si tuviera vn gran accidente de quartana; y mas fue quando oyò, que de donde estava el ságriento cadaver, salia vna voz muy devil, y delicada, que le dixo: Yà esposo, no tienes que buscarme en este mundo, porque ha mas de nueve horas, que estoy fuera dèl, porque aqui no està mas deste triste cuerpo, sin alma, de la suerte que le miras; Por tu causa me han muerto, mas no quiero que tu mueras por la mia, que quiero me devas esta fineza, y afsi te aviso, que te pongas en salvo, y mires por tu vida, que està en muy grande

de peligro , y quedate a Dios para siempre : Y acabando de dezir esto, se tornaron las puertas de las ventanas a cerrar con el mismo ruido que quando se abrieron. Quedò de lo que avia oïdo , sobre lo que avia visto tal D. Enrique, casi tan difunto, como su mal lograda esposa, faltandole de todo punto el animo, y el valor; y no es maravilla, pues por vna parte el dolor, y por otra el temor, le dexaron poco menos q̄ mortal: Tanto, que ni moverse de alli, ni aun alentarle era posible. Ya quando esto sucediò, D. Alonso, y su amigo estavan en la calle, aunque ni sintieron el ruido, ni vieron abrir la ventana mas seguros de que era Don Enrique, pensando, como le vian parado, que estava aguardando que le abriesen; el vno por la vna parte, y el otro por la otra, le vinieron cercando, y cogido en mediò, sin poder el pobre Cavallero defenderse, con la turbacion que tenia, aunque viò acometerse, ni se pudo aprovechar de vna pistola que traia, ni meter mano a la espada, de dos estocadas, que a vn tiempo le dieròn, le tendieron en el suelo, y caido le dieron veinte y dos puñaladas, y dexandole casi muerto, se pusieron en fuga, porque a las voces que diò, pidiendo confesion, empeçò a salir gente, y sacar luzes. En fin, vieron, que D. Alonso se fue en casa de las ya dichas, y el amigo a vn Convento: la gente que se juntò llegaron a Don Enrique, y le hallaron sin sentido; y estando traçando el llevarle a su casa, por-

que de todos era bien conocido, llegó la Justicia, y haziendo su officio, no pudieron averiguar mas, de que a las voces que aquel Cavallero avia dado, pidiendo confesion, avian salido, y halladole en el estado que le vian: mirandole, y rebolviendole, conocieron que no estava muerto. En fin le llevaron a su casa, dando con su vista la pena a sus padres, que era razon tener, quien no tenia otro, y llamando quien le tomasse la sangre, le desnudaron, y pusieron en la cama, donde estuvo afsi, hasta la mañana, que bolviò en sí, permitiendolo Dios nuestro Señor, para que se supiesse el lastimoso fin de D. Mencia; porque aunque la justicia, aviendo llamado a las puertas de D. Pedro, y no respondiendole nadie, admirados, y confusos de ver tanto silencio como en la casa avia, quisieron dár ordē de romper las puertas, mas no lo hizierò, hasta que D. Enrique, si bolvia, diesse su declaracion; porque como D. Pedro era tan principal, y poderoso, todos le guardavan en la Ciudad su devido respeto.

Buelto en sí D. Enrique, y dandole vna sustancia, cobrando algo de el animo perdido, pidiò que luego juntamente llamassen el Confessor, y al Corregidor tambien, y venidos delante del que le avia de confessar, contò al Corregidor todo lo que aquella noche le avia sucedido pidiendo se fuesse a casa de Don Pedro, y rompiendo sino abrian la puerta, viesse si avia sido

verdad, ò alguna ilusion fantástica; si bien por aquel papel, que de su esposa avia recibido, y las heridas que le avian dado, y lo tenia por verdad, y luego mientras el Corregidor fue a veriguar el caso, admirado de lo que contava el herido, se confesò, y recibió el Santísimo Sacramento, porque los Cirujanos, le hallavan muy de peligro. El Corregidor, y sus Ministros fueron a casa de Don Pedro, y llamando, mas como no respondiesse nadie, derribaron la puerta, y entrando no hallaron a nadie, è yendo de vna sala en otra, hasta llegar al retrete, que como he dicho, estava la llave en la puerta, y abriendo, hallaron a la hermosa, y desdichada D. Mencía, de la misma suerte, que dezia Don Enrique averla visto: las heridas, y sangre que della corria como si entonces se acabaràn de dàr. Junto a ellas estava vn bufetillo con recado de escribir, y en vnos pliegos de papel que avia encima, estava escrito: Yo la quitè la vida; porque no mezclara mi noble sangre con la de vn villano. Don Alonso.

Visto esto, anduvieron toda la casa, por ver si avia alguna gente, y en vn aposento, el último de otro quarto, que estava enfrente del que acabavan de mirar, y donde estava la difunta dama, oyeron dàr gritos, y abriendo con la llave, que assi mismo estava en la cerradura, hallaron las dos doncellas, y la criada de D. Mencía,

de quien no pudieron saber mas, de que Don Alonso, el dia antes, aviendoles llamado, las avia encerrado allí, amenaçandolas, que si davan voces las avia de matar. Diòse orden de depositar el cuerpo de D. Mencía en la Parroquia, hasta que se determinasse otra cosa, y haciendo la justicia sus embargos, como de oficio le tocava, llamaron a D. Alonso a pregones, avisando a Sevilla, para que prendiesse a Don Pedro, mas èl provando la quarta da presto le dieron por libre, y tomando por escusa no ver la parte en que avia sucedido el fracaso de su amada hija, se quedò a vivir en Sevilla: Divulgòse por la Ciudad el suceso, assi acudiò el Clerigo que avia confesado a D. Mencía, a contar lo que le avia sucedido: Don Enrique llegò muy al cabo; mas Dios, por intercesion de su Madre Santísima, a quien prometió, si le dava vida ser Religioso, se la otorgò, y assi lo hizo, que se entrò Frayle en vn Convento del Serafico Padre San Francisco, y con mucha parte de su hacienda labrò el Convento, que era pobre, y vna Capilla, con vna aseada bóveda, donde pasó el cuerpo de su esposa, aviendo muchos testigos que se hallaron a verle passar, que con aver pasado vn año, que durò la obra, estava las heridas corriendo sangre como el mismo dia que la mataron, y ella tan hermosa, que parecia no aver tenido jurisdicion la muerte en su hermosura.

Don Alonso, aviendo estado o-
cho

cho dias, él, y su paje escondidos en casa de aquellas damas con Clavéla, al cabo dellos, como estava bien proveído de joyas, y dineros, que antes de salir de su casa avia tomado, dexando el paje durmiendo, se partiò vna noche la buelta de Sevilla, para despedirse de su padre, y caminar a Barcelona, donde tenia determinacion de embarcarse, para passar a Italia; el paje quando despertò, y supo que su amo le avia dexado, se saliò del encierro, contando, por la Ciudad, como su amo avia estado en aquella casa ocho dias, y como los avia oído hablar de la muerte de su señora, y heridas de D. Enrique, por lo qual las tales damas estuvieron presas, y a pique de dadas tormentos; mas donde ay dineros todo se negocia bien. El amigo de D. Alonso, como contra él no avia indicio ninguno, por estar el secreto entre los dos, en viendo sossegados estos alborotos se passò. Don Alonso estuvo con su padre en Sevilla, solos dos dias, por que como sabia que estava llamado a pregones, y sentenciado en ausencia a cortar la cabeça, no parò allí mas, antes se partiò para Barcelona donde se embarcò, y con prospero viage llegò a la Ciudad de Napoles, donde assentò plaza de soldado por no dár que dezir, de que estava allí sin ocupaciõ ninguna, y fociorrido largamente de su padre, passava vna vida ociosa, jugando, y visitado damas. Ayudòle a darle tanto al vicio, tomar amistad cõ vn Genizaro, hijo de Español, y Napolita-

na, hóbre perdido, y vicioso, tanto de glotonerías, como en lo demàs y como Don Alonso tenia dineros, hallavase bien con él ganandole la voluntad con lisonjas. Este era Clerigo Salvage, y porque no se escrañe este nombre, digo, que ay en Italia vnos hombres, que sin letras ni Ordenes, tienen réta por la Iglesia, solo con andar vestidos de Clerigos; y llaman, los Prevetes Salvages, y así lo era Marco Antonio, que este era su nombre. En teniendo aviso Don Pedro de que su hijo estava en Napoles, y tenia assentada plaza, le diligenciò muchas cartas de favor, por las quales el Excelentissimo señor. Conde de Lermos, Don Pedro Fernandez de Castro, que era Virrey en aquel Reyno, le diò vna vandera, con la qual estava Don Alonso tan contento, y olvidado de la justicia divina, y de la inocète sangre de su hermana, que avia derramado tan sin causa, como se ha visto; que diò en enamorarse, cosa que hasta entonces no avia hecho, aunque avia tenido amistad con Clavéla, mas avia sido apetito que amor, y aun en esta ocasion lo pudiera escusar. Estava en la Ciudad vn Cavallero entretenido, como ay en ella muchos, cuyo nombre es Don Fernando de Añasco, Español, y Cavallero de calidad, y que avia sido Capitan de infanteria; este tuvo vn hijo, que casò allí con vna señora de prendas, aunque no muy rica, y dexandola cinco hijas murió, que visto por Don Fernando,